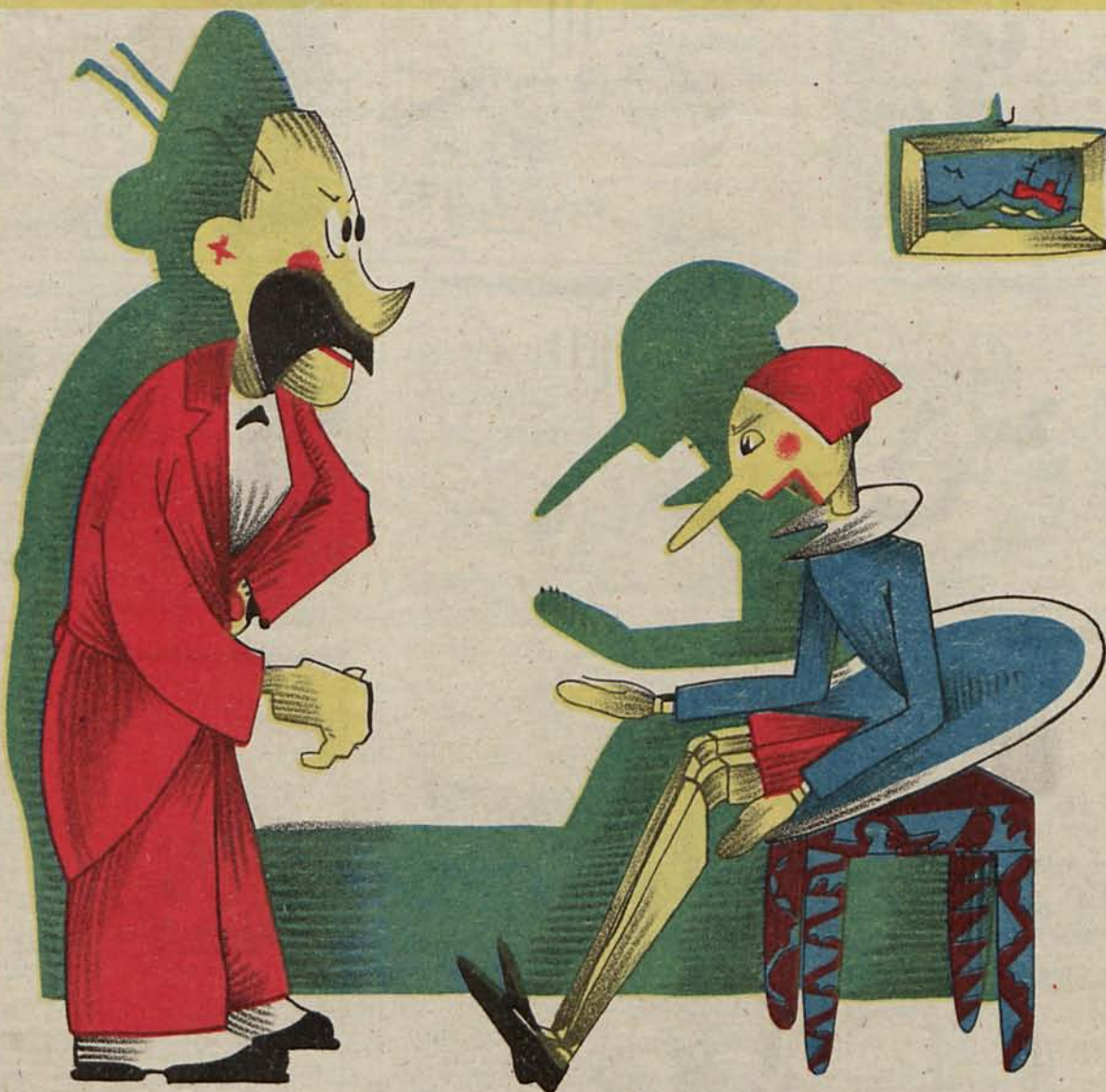


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 218

25 cts

21 ABRIL
1929



- ¡CURRINCHE POR MÁS COSAS QUE LE DIGO NO HACE CASO; ESTÁ VISTO QUE
SÓLO ATIENDE A LOS TONTOS COMO ÉL!
- ¡YO LE HABLARE Y YA VERÁS COMO A MÍ ME ATIENDE!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID. CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.- SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
E. GIOVANELLA Y S. M. BARBIERI

(Continuación)

Para economizar, me había reducido a no salir ya por la noche.

Me encerraba en mi zaquizamí, y permanecía largas horas meditando, a la luz sórdida de una vela, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en una mala mesa patituerta, hasta que el cansancio y la soñolencia me impulsaban a tenderme en la cama, donde dormía con un sueño pesado y y profundo, muchas veces hasta la tarde del día siguiente.

Una noche, para engañar el tiempo y vencer la melancolía, se me ocurrió coger una pluma y una hoja de papel, y dejar sobre éste correr aquella, casi inconscientemente.

¿Qué es lo que escribí? Frases inconexas, periodos desatentados, fragmentos retorcidos y difusos, que parecían obra de un sonámbulo.

Arrojé el pliego, puse otro debajo de la pluma, y escribí ya más rápido y seguro, con más perspicaz conciencia y más ágil voluntad.

Y así, después, todas las noches, como a un conjuro arcano, me ocupé en una labor para mí insólita y a la que nunca hubiese creído me llamara aptitud de ninguna clase.

Divagaba, sin orden ni propósito: impresiones fugaces, esbozos, atisbos, figuras, episodios, sucedíanse en aquellas páginas concisas y nerviosas, y rememoraban con viveza, con ironía, con ingenio, mi vida de París y París mismo, visto a través de las aventuras, o para ser más exacto, de las desventuras que me habían acaecido.

Cuando hube apilado buen número de aquellas cuartillas, llenas de mis fantasías y de mi letra metida y clara, me acometió el capricho

de repasarlas. Eran cerca de un centenar, casi para formar un volumen; y las devoré todas, a la luz de aquella vela de dos cuartos, con tanto gusto que, prescindiendo de esa virtud inútil y estúpida que llaman modestia, ningún libro me había ocasionado tal deleite.

La desesperación — la mía era, en realidad, más bien alegre, teniendo yo un espíritu bohemio que es un verdadero anacronismo en este siglo XX — la desesperación y la miseria sugieren a las veces ideas que en cualquier otra circunstancia no querría uno, de fijo, poner en ejecución. Pensé que aquellos garabatos míos, aquellas impresiones rápidas y sinceras, podrían interesar, excluyéndome a mí, a algunos que hubiesen tenido la desgracia de venir a parar como yo, a un país extranjero sin conocer su lengua; y dicho y hecho, puse, de humor jovial, manos a la obra, para dar más decorosa forma a mi trabajo, a fin de que pudiera aparecer en público. Ordené, podé, limé, corregí, rehice, y de aquel centenar de páginas saqué cuatro artículos vivaces e interesantes, que me atreví a mandar a un gran diario italiano con el título: *Cartas parisinas de un italiano que no sabe francés*.

Cinco días más tarde, recibí un pliego certificado conteniendo un cheque, algunos ejemplares del periódico que publicaba el primero de mis cuatro artículos y una carta en la que el director me exhortaba a escribir nuevas cosas en el mismo estilo vibrante y sutil y con otra y más viva recopilación de hechos y observaciones geniales, que seguramente agradarían a su público. La carta acababa diciendo que si eran reales las condiciones por mí descritas con tan agudo desenfado en las cartas, me presentara al Sr. Califano, corresponsal del periódico en París, que sentía justamente la necesidad de tener quien le ayudara.

Era la fortuna, era la celebridad que se me

venían encima, como una teja a un desgraciado que pasa muy tranquilo por la calle. ¡Estuve a pique de enloquecer! Lloraba y reía a un mismo tiempo, y miraba los periódicos que había desplegado ante mí en la página donde aparecía insertado mi artículo, del que no atinaba, con todo, a leer una sola palabra. Miraba después el cheque providencial, y la carta benévola y amable, y concluía por besar la mísera pluma, que, tan inconsciente como yo mismo, tal y tanta fortuna me deparaba. Cuando me repuse de la sorpresa que me produjo un golpe de suerte tan inesperado, corrí a hacer efectivo el cheque, a desempeñar un traje negro, el reloj y una sortija; y después de vestirme con el esmero minucioso y vigilante que se había hecho totalmente inútil para mi indumento de las últimas semanas, llamé a un cochero y me hice llevar a casa del Sr. Califano.

Un personaje alto, de gran barba entrecana y con anteojos de oro, me acogió con mucha afabilidad, diciéndome que había leído con verdadero placer el primero de mis artículos y que con igual interés habría leído todos los demás, y añadiendo que el director del periódico le había escrito recomendándome calurosamente. Si en realidad necesitaba yo apoyo, el cargo de secretario en su oficina estaba a mi disposición. ¡Imagínese si aceptaría yo con entusiasmo! Y así inicié desde el día siguiente mi nueva vida de periodista. Yo que hasta entonces había sólo contribuido a llenar la quinta y la sexta páginas, desde aquel día empecé, con bien legítimo orgullo, a concurrir con notorios escritores a la confección ideal de todas las demás.

Pasaron así tres años, tres años de trabajo y gratas satisfacciones. Hasta que un día, al volver del entierro de un colega que había sido el corresponsal en París del periódico *La Notizia*, «*Mors tua, vita mea*», escribí al director de aquel gran diario ofreciéndome como sucesor del lamentado amigo. Mi propuesta, que venía a sacar a la dirección del apuro nada leve de improvisar un corresponsal en residencia de tan

enorme importancia, se aceptó de buen grado; y en tal forma, pasé de ayudante a corresponsal efectivo y oficial.

Hoy han pasado once años. Tengo un magnífico despacho y una elegante habitación en el Bulevard Richard Lenoir; tengo un secretario consultor, tres taquígrafos y dos mecanógrafos que trabajan sin interrupción, por turno. Mi labor no es fácil ni ligera, y no siempre es tan brillante como puede parecer a quien no conozca nuestra vida. Pero siempre es con un pensamiento de gratitud y con la seguridad de cobrar con ello nuevas fuerzas y ardimiento para perseverar y vencer, como en los momentos de cansancio y desconfianza miro el sucio mango de cinco céntimos que me sirvió para escribir mis primeros artículos; colgado figura hoy, con una cinta de seda, en el puesto de honor, sobre mi mesa de trabajo. La pluma está ahora enmohecida; pero cuando pienso que gracias a ella soy al presente una notabilidad y una autoridad, me siento más fuerte y más seguro, y escucho con agrado y satisfacción el seco y acelerado martilleo de las máquinas de escribir y el tintinar argentino de los timbres del teléfono.

* * *

Tampoco aquella noche me acosté hasta las tres. Estaba tan cansado que dormí de un tirón hasta las nueve, y aun hubiera seguido durmiendo a no ser por Cayetano, mi criado, quien a tal hora entró a avisarme que estaba allí el abogado, el cual tenía urgente precisión de hablar conmigo.

—¡Dios mío! ¿Tan pronto?—murmuré, cogiendo de manos del servidor el correo y los periódicos de la mañana.

—Parece que tiene alguna grave comunicación que hacer a usted.

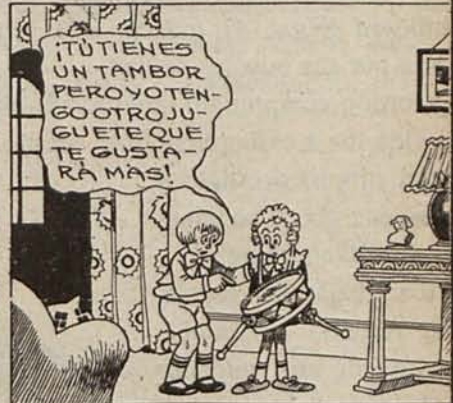
—¡Pues hazle pasar en seguida! ¡Despacha, posma!

Y, sentándome en la cama, empecé a romper con dedos nerviosos los sobres de las cartas.

(Continuará en el número próximo).



COLORÍN y su PANDILLA





HEROES DE KARTHUM

OPOR

E. JACOB

(Continuación)

Los pocos oficiales ingleses encargados de poner a salvo a las mujeres europeas no habían vuelto aún.

Probablemente fueron sorprendidos antes de que pudiesen llegar al palacio del Gobierno, muertos quizá por sus mismos soldados.

Gordón comprendió que todo había acabado y que su vida iba a extinguirse muy pronto, pero confiando en su propio prestigio y en su energía quiso intentar un último golpe.

Iba a bajar las escalas, resuelto a contener la fuga de sus soldados y obligarles a hacer frente al enemigo, al menos hasta que entrasen los vapores ingleses que no debían estar lejos cuando apareció su ayudante de campo con las ropas desgarradas y el sable ensangrentado.

—¡Mi general! —gritó el mayor—. Huid si queréis salvar la vida.

Una pálida sonrisa asomó a los labios de Gordón.

¡Huir! —exclamó—. ¡Ya soy viejo para eso!

Después preguntó:

—¿Quién nos ha traicionado?

—Los soldados negros, que hacían la guardia en las puertas del Nilo; esos miserables han sido comprados por los emisarios del Mahadi.

—¿Creéis que sea posible una resistencia?

—¡Todos huyeron mi general! —respondió el mayor.

—No queda ni un regimiento y la mayor parte de los oficiales han sido matados por sus mismos soldados.

—¿Y los egipcios?—

—Van a la desbandada después de una resistencia de algunos minutos.

Venid mi general, o dentro de pocos minutos ya será tarde. Los Mahadihistas invaden la ciudad.

Gordón en vez de descender, subió a la terraza, se cruzó de brazos y miró profundamente al Nilo.

Dos puntos luminosos brillaban sobre las negras aguas del inmenso río y parecían acercarse a la ciudad.

—He ahí la vanguardia de Wolseley. ¡Qué lástima que hayan llegado tan tarde! Venid Sir Stewart, quizá podamos intentar aun algo.

Bajó la escalera con paso firme y tranquilo mirando tristemente las salas desiertas y saltó a la calle con el sable desenvainado.

Pasaban en aquel momento a toda carrera varios grupos de soldados

entre los que iban mezclados algunos europeos.

—¡Cobardes! —gritó—; deteneos que llega el general Wolseley!

Nadie pudo contenerlos.

—¡Los mahadihistas! —gritaban— ¡los mahadihistas! —y huían redoblando la carrera.





—¡Salváos, Mayor!

—¿Y vos?

—Gordón no huyó jamás. Yo me quedo aquí.

Vos podéis en cambio salvar a las mujeres a bordo de los vapores. ¡Id allá, yo os lo mando!

Dudó el mayor, pero un gesto imperioso del general le construyó a marchar.

Apenas se hubo alejado algunos pasos, una bandada de baggaras, los más feroces guerreros del Mahadi caía sobre el general que los esperaba a pie firme con los brazos cruzados.

Pocos instantes después la cabeza del heroico general el defensor de Karthoum clavada en una lanza era llevada a la presencia del Mahadi.

Al amanecer los barcos de Wolseley llegaban bajo los muros de la capital del Sudán ¡pero ya las banderas anglo-egipcias no ondeaban sobre las torres de la vieja ciudad!

Apenas tuvieron el tiempo necesario para recoger a unos cuantos fugitivos europeos que escaparon de la matanza entre los cuales estaba el mayor del general y de emprender el regreso bajo una lluvia de proyectiles.

Tres años después murió del cólera el Mahadi y el poderío de los mahadihistas quedó aniquilado para siempre merced a las tropas inglesas de una parte, y de otra a las de Italia. Gordón fué vengado.

FIN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



TOMA, CURRINCHE YA TE ESTÁS LARGANDO A POR PAPEL DE LIJA Y LEJÍA HACE UN SIGLO QUE NO TE BAÑAS Y ASÍ NO PODEMOS CONTINUAR

CON AGUA CALENTITA, QUE SI NO ME DARÁ EL REUMA.



TENGO DOS LUNARES, TENGO DOS LUNARES, EL UNO JUNTO A LA BOCA Y EL OTRO DONDE TU SABES



CON ESTE BAÑO TE VAS A QUEDAR QUE VAS A PARECER UN BOMBONCHITO DE CHOCOLATE



DESPUES QUE TE LIJE NO TE VAN A CONOCER NI EN PINOCHO

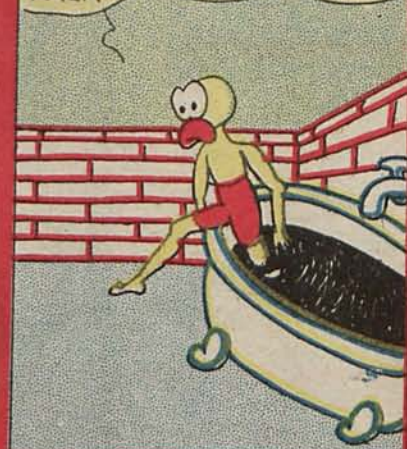
YA ME PONDRÉ UN LETRERITO



UN COLOR SE ME VA Y OTRO SE ME VIENE, ESTO PARECE UN ARCO IRIS



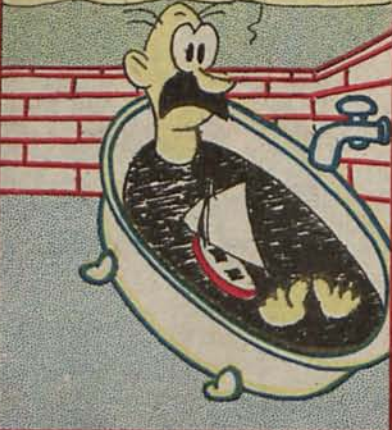
¡ATIZA! ¡ME HA DESTEREIDO LA LEJÍA! COMO ME VEAN EN MI PUEBLO ME EXPULSAN DE LA RAZA



¡HAY QUE VER! ¡ME HA DEJADO EL BAÑO QUE PARECE EL MAR NEGRO!



¡POBRECILLO CURRINCHE! ¡ME DA LASTIMA! ¡VA A TENER QUE COLGARSE UN CARTEUTO QUE DIGA "SERVIDORITO ES CURRINCHE"!



PUES COMO USTED NO SE PONGA UN ANUNCIO LUMINOSO NO VA A HABER QUIEN LE VEA POR LA NOCHE



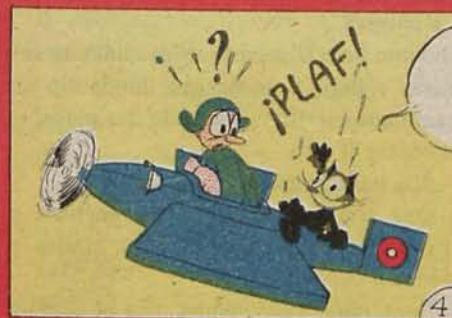
LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



COMIC



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

JUANILLO Y SU BASTONCILLO

Castillo



UNA vez había un matrimonio pobre que tenía un hijo, a quien llamaban Juanillo; vivían en un apartado valle, donde cultivaban un humilde huerto.

Un día la mujer y el niño, que sólo tenía tres años, se fueron al bosque para reunir leña, y se internaron más de lo de costumbre; de pronto, dos ladrones salieron de la espesura de una arboleda y, apoderándose de la madre y del hijo, les obligaron a ir con ellos.

Después de haber caminado más de dos horas a través de la espesura, llegaron cerca de una roca donde estaba simulada una puerta. Entraron, y vieron una espaciosa galería iluminada por una hoguera; en el centro había una mesa en la que cuatro ladrones y su capitán estaban jugando a los naipes.

El capitán, con cierta amabilidad, les dijo que tenían necesidad de una mujer para que les cuidase la casa.

Tuvo que resignarse la mujer a guisar las viandas que le traían los ladrones.

Pasaron algunos años; Juan creció y llegó a tener una fuerza extraordinaria.

Cuando el niño tuvo once años, cortó de la leña una gruesa rama de encina, a guisa de cachiporra, y la escondió debajo de la cama. Una noche bebieron los ladrones muchas botellas de vino y se emborracharon.

Juan, en este momento, empuñó su cachiporra y descargó sobre el capitán y los compañeros que vinieron en socorro de su jefe una granizada de palos, que los ladrones, embrutecidos como estaban por el vino, no supieron parar. La madre presenciaba desde un rincón aquel curioso espectáculo, y se admiraba de las proezas de su hijo, el cual, cuando el último ladrón cayó al suelo, se acercó a su madre y le dijo:

—Ya véis, madre, que esto es serio; se me ha metido en la cabeza saber dónde está mi padre.

—Hijo mío, salgamos de aquí y vamos a buscarle.

La madre tomó del bolsillo del capitán la llave de la puerta de la caverna, y mientras tanto, Juan cogió un gran saco y lo llenó de oro, de plata y de pedrería; después se echó el saco a cuestas y siguió a su madre a través de la espesura del

bosque, hasta encontrar el sendero que conducía a su casita.

Cuando estuvieron cerca, vieron al padre sentado junto a la puerta con la cabeza baja, lleno de dolor por la desaparición de su esposa y de su hijo. ¡Figuraos la alegría del pobre hombre cuando aquellos seres tan queridos se lanzaron en sus brazos!

Lloraron todos de regocijo, y el padre no cesaba de admirar a su Juan, el cual, aun cuando no había cumplido los doce años, era más alto que él. Al día siguiente, con el dinero que contenía el saco, compraron una hermosa finca con excelentes tierras, y Juan aprendió a labrarlas.

Así vivieron algunos años; pero un día Juan dijo a su padre:

—Padre, hacedme un bastoncillo de roble que pese cuatro arrobas, y me iré en busca de aventuras.

Cuando tuvo el garrote, se despidió de sus padres, y llegó a un bosque donde vió un gigante que estaba retorciendo dos pinos, el uno contra el otro.

—¡Eh, buen hombre!, ¿qué haces?

—Que arranqué ayer algunas encinas, y estoy haciendo una cuerda para atarlas y llevarlas a vender.

—Pues, mira, Tuercepinos, deja el oficio y vente conmigo.

Avanzaron por el bosque, y oyeron un ruido tremendo. Se aproximaron al sitio de donde el ruido partiera, y encontraron a un gigante que a puñetazos vaciaba una roca para formar una casa.

—Pues vente con nosotros, Romperrocas— dijo Juan—: los tres somos bastante fuertes para conquistar un reino.

Cuando se hizo de noche, llegaron los tres a un castillo abandonado; allí entraron y se durmieron. Al día siguiente, Juan bajó al campo, y de pronto un enorme jabalí se precipitó sobre él; pero Juan, de un solo cachiporrazo, lo dejó muerto.

Convinieron entonces que se irían quedando por turno en la cocina del castillo para guisar la comida, y los otros dos irían a cazar. El primer día, el torcedor de pinos fué el encargado de quedarse: mientras que vigilaba el asado, vió llegar a un viejecillo que le pidió un poco de jabalí.

—Lárgate ahora mismo—respondió el otro—; un tío feo como tú no necesita carne.





El enano derribo al torcedor de pinos y le dió de puñetazos hasta que le pidió perdón.

El vapuleado se levantó completamente mojado, pero no dijo nada a sus compañeros. Al día siguiente, Romperrocas, que se había quedado en el castillo, negó al viejo enano un poco de carne y fué tratado como Tuercepinos. Cuando este último entró por la noche, vió que su compañero había recibido una granizada de puñetazos.

Al día siguiente, Juan estaba guisando a su vez, y vigilaba un guisado de tres cuartos de ciervo, uno para cada uno, cuando el viejecillo entró y pidió un pedazo de carne.

—¡Pobre hombre!—pensó Juan—; voy a darle un pedazo de mi parte.

El enano, después de haberlo devorado, pidió otro pedazo, y Juan se lo dió. El viejo después de comerse el segundo trozo, volvió a pedir por tercera vez.

—Amigo mío—dijo Juan,— ya te has puesto muy pesado.

El enano entonces, lleno de rabia, se lanzó sobre Juan; pero éste le soltó dos terribles puntapiés, y el enano, dando gritos, echó a correr, bajando los escalones de cuatro en cuatro.

Juan lo siguió, sin embargo, a través del bosque hasta una roca en la que el enano desapareció por una hendidura.

El muchacho se fijó bien en el sitio donde estaba el escondite, y se volvió al castillo.

Juan contó a sus compañeros la aventura del enano, y ellos, a su vez, le dijeron lo que les había ocurrido.

—Os estuvo bien empleado—dijo Juan riendo—; pero quiero vengaros, y mañana iremos a buscar al enano.

Juan fué a la hendidura de la roca, la cual daba a un pozo sin agua. Hizo que sus compañeros le bajasen hasta el fondo, y encontró una puerta de hierro llena de cerrojos; pero la hizo pedazos al primer garrotazo de su terrible cachiporra. Entró en un salón

y vió sentada y cargada de cadenas una preciosa niña. A su lado estaba el enano, que al ver a Juan hizo un terrible gesto de furor.

La pobrecita niña fué libertada por Juan, para lo cual tuvo que sacudir el polvo al feísimo enano.

Se enteró de que aquella niña era hija de un poderoso Rey, a la cual el feísimo mago había robado, encerrándola en aquel subterráneo.

Juan entonces la hizo

entrar en un cesto, y sus dos compañeros la sacaron del pozo, volviendo a dejar caer la cesta para que subiera Juan.

Pero éste desconfiaba de sus compañeros desde que le ocultaron la aventura del enano, y sólo puso en la cesta su garrote. Hizo bien; porque, cuando sus compañeros habían subido la cesta a la mitad de la altura del pozo, la dejaron caer bruscamente, pensando matar a Juan con la caída y, libres de él, poder reclamar al padre de la niña una recompensa por haberla libertado.

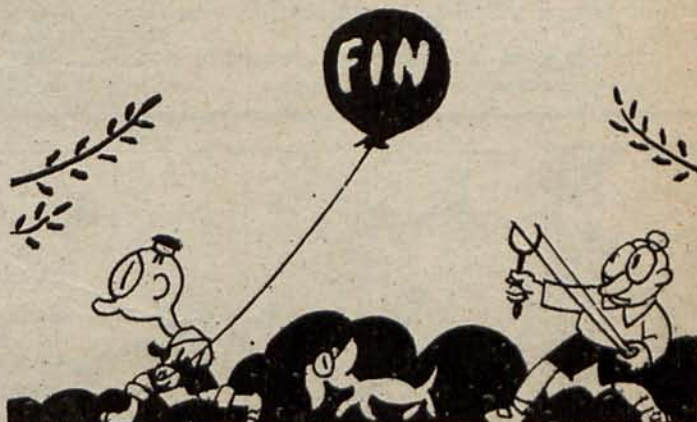
Juan escapó dichosamente de la muerte. No sabía cómo salir del pozo, cuando al mirar por la habitación vió brillar en el suelo una luz extraña. Era una piedra engarzada en el anillo que llevaba el enano en el dedo. Cogió la sortija, y, al moverla, vió aparecer muchos genios ofreciéndose a él para todo, por ser el dueño de la sortija.

Juan les mandó que le sacasen del pozo, y les preguntó qué había sido de la princesa y sus compañeros.

—Ahora van a pasar el río—le respondieron.

Fué a su encuentro, y precipitó en el río a sus pérfidos compañeros. Después condujo a la Princesa al lado de su padre, quien se alegró tanto, que se puso a bailar de gusto, y mandó que bailaran todos sus súbditos.

Juan se casó con la hermosa Princesita y llegó a ser Rey. Hizo ir a su lado a sus queridos padres y les instaló en un magnífico palacio, donde vivieron dichosos muchos años.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Quieres decirme mi querido buho si es cierto, mi querido buho, que los animales hablan?

—¿No me estás oyendo hablar a mí?

—No lo pregunto por ti. Ya sé que tú razones y hablas como lo que eres. Como un perfecto sabio. Pero es que si todos los animales hablasen como tú, no te haría la pregunta. Me refiero a los perros, a los gatos, a los monos, etc., etc. Tú eres una excepción de la regla. Buhos como tú no he conocido ninguno.

—¿Y estás contento de haberme conocido?

—Satisfechísimo. Toda mi cultura te la debo a ti.

—Pues sí, mi querido Chononcito, los animales hablan. No quiero decirte con esto que dispongan de un lenguaje perfecto como el hombre, pero puedes tener la seguridad de que entre ellos saben comunicarse y entenderse perfectamente. Por medio de gritos especiales se llaman unos a otros, piden alimentos, expresan su alegría, se lamentan, se avisan entre sí de los peligros, se desafían y en general se transmiten sus sensaciones.

—¿Y sólo por medio de gritos o sonidos saben hablar los animales?

—También se hacen entender muchas veces por ademanes y movimientos. Un perro que mueve la cola expresa satisfacción, un caballo que relincha pide alimentos, un gato que bufa es que va a acometer.

—De todos los animales ¿cuál es el que con más perfección sabe expresarse?

—Sin duda alguna el más inteligente de todos y el que por sus modales y estructura se asemeja más al hombre ¿sabes cuál es?

—Me lo figuro. Te refieres al orangután.

—Exactamente. Hay ejemplos de forma de expresión en los orangutanes verdaderamente asombrosos.

—Si recuerdas alguno, cuéntamelo porque será curiosísimo.

—Hubo en Londres un orangután hembra, llamado Juanita, que llegó a encariñarse con su dueño y domador lo mismo que una persona. Comía en su misma mesa, pedía las cosas que necesitaba señalándolas con el dedo, vestía a la europea, y paseaba por las calles de Londres con su amo ni más ni menos que como un particular cualquiera. Este simpático animal lloraba cuando le pegaban.

—¿Y por qué le pegaban?

—Cuando hacía alguna cosa mal hecha se ganaba algún azote para que corrigiese la falta, pero era mayor en él el sentimiento que el daño. En cierta ocasión su dueño le manifestó gran enojo porque no quería acostarse a la hora que debiera y le recriminó en voz alta su desobediencia.

—No lo entendería el orangután ¿verdad, buho?

—No sólo lo entendió sino que le dolieron sus palabras y así lo demostró el pobre animal corriendo hacia su amo, echándole los brazos al cuello, besándole y cuchicheándole al oído cosas que aunque para él eran ininteligibles, comprendió perfectamente que se las decía para quitarle el enojo. La prueba es que no hubo manera de que se le desprendiera del cuello hasta que su dueño no hizo manifestaciones de estar contento. Tan pronto ocurrió esto, el animal se mostró humilde, y se acostó en su cama.

—¿Pero tú crees que cuando le cuchicheó al oído es que le decía algo?

—Indudablemente. Los orangutanes se cuchichean entre sí con mucha frecuencia y no cabe la menor duda de que en su lenguaje se dicen cosas. Y no son sólo los orangutanes los que saben expresarse. Son todos los animales desde los elefantes hasta los más pequeños insectos.

—El elefante como es tan grande tendrá una inteligencia superior.

—Es, desde luego, de los animales más inteligentes. Dispone, como medio de expresión, de una voz de sonido especial. Se parece a un clarín y la lanza a grandes distancias para que sus compañeros, cuando están lejos de él, puedan oírle. Estos enormes paquidermos son muy sociables y gustan de vivir reunidos en grandes rebaños. A veces, bien porque se ven perseguidos por cazadores, o por otras fieras, bien porque en sus marchas se quedan algunos rezagados y se pierden, se ve el rebaño dividido en dos o más grupos y entonces hacen uso estos animales de su voz para encontrarse todos. De uno de los grupos parten unas llamadas semejantes a toques de corneta, y si los otros elefantes que están dispersos las oyen, contestan en seguida de igual forma. Se repiten las llamadas cada vez más cerca hasta que acaban por estar todos reunidos.

—Es admirable.

—En los ratones es fácil adivinar que disponen de su especial lenguaje por un detalle muy curioso. Cuando un ratón descubre un lugar donde hay abundante comida, va en seguida a avisar a un compañero y con él comparte el botín. Pero a la noche siguiente se ha corrido ya la voz y no son dos los que acuden sino toda la familia y amigos de los primeros ratones, que viven por el contorno.

—¿Y para qué están las ratoneras?

—No tiene esto nada que ver con el lenguaje de los animales, pero ya que has citado este instrumento, te diré que si un ratón cae prisionero de una ratonera delante de un compañero, éste, el que está libre, acude en busca de otros e intentan salvar al caído, incluso llevándose ratonera y todo adonde esté a seguro de peligro.

—El perro yo creo que es de los animales que mejor saben expresarse. Yo al menos los entiendo perfectamente. Y ellos a mí creo que también.

—Mejor que tú a ellos. Hay animales de éstos que parecen haber comprendido hasta el idioma. A muchos de ellos les basta oír una palabra para saber lo que tienen que hacer. Ellos, por su parte, se hacen comprender ladrando, aullando, dando saltos, contorsionándose, moviendo la cola, agazapándose y por otros muchos medios. Entre ellos mismos les basta mirarse para entenderse.

—Me has dicho antes que hasta los insectos tienen su lenguaje.

—Los insectos y todos los seres del reino animal. Hasta los más rudimentarios.

—¿Quieres decirme cómo hablan los insectos?

—Hoy ya no es posible, curioso Chonón. Es la hora de terminar nuestra charla. Otro día te hablaré del lenguaje de los insectos.

—¡Cuánto lo siento! ¡Tanto como me interesaba tu charla!

—Qué le vamos a hacer. Aplaza tu interés para otro día y en paz.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Retrato.
L. GARCÍA.



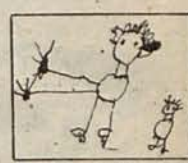
Payaso.
C. Valdepeñas.



Maria Estuardo.
M.ª N. Alonso, 11 años.



Duelo a muerte.
ANGEL PULÍN.



Un colmo y su hijito el colmillo.-J. M. Alvarez Cascos



La ermita de mi pueblo.
RICARDO RODRIGUEZ.



Mi «Villa Aurora».
BLANCA RUBIO.



Mi casa.
JULIO MUÑOZ.



Morronguis.
JOSÉ PÉREZ.



Campesina.
C. SOMOZA.



Un vestido.
AMELIO ROUZO.



Retrato.
M.ª VICTORIA GARCÍA.



El ciclista Ripoll.
JUANITO GISBERT.



Hockey.
R. GOSALVEZ.



Mandarín.
M. A. Sotomayor.



Chirón sobre Bugatti.
ROBERTO REVILLA.



Tin, el Profesor y Colorín
TRINIDAD DE PABLOS.



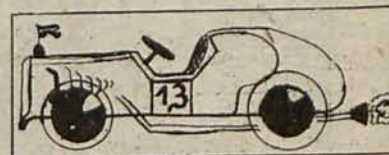
El rey de la selva.
LUIS VIDAL RIBAS.



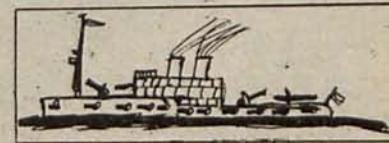
Mi mejor producción. — Cealio Allapa.



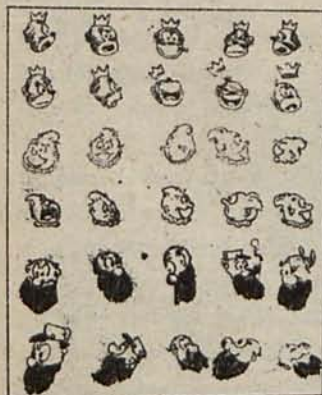
LA ESCOBA ENCANTADA
O
EL CASTILLO SIN BARRER
es uno de los ocho tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.-Precio: UNA peseta.



Auto de carreras.
JUAN RAMÓN LÓPEZ.



Destroyer.
MÁXIMO ESCRIBANO.



Personajes de Pinocho.
EUGENIO MORALES.



Don Turu cazador.
A. UFANO.



Un pato con su patito.-M. N. Alonso.



Currinche.
S. Rodríguez.



Pinocho equilibrista.
Lolita Fernández.



Recién nacido.
C. Valdepeñas.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

DIBUJO CON ERRORES



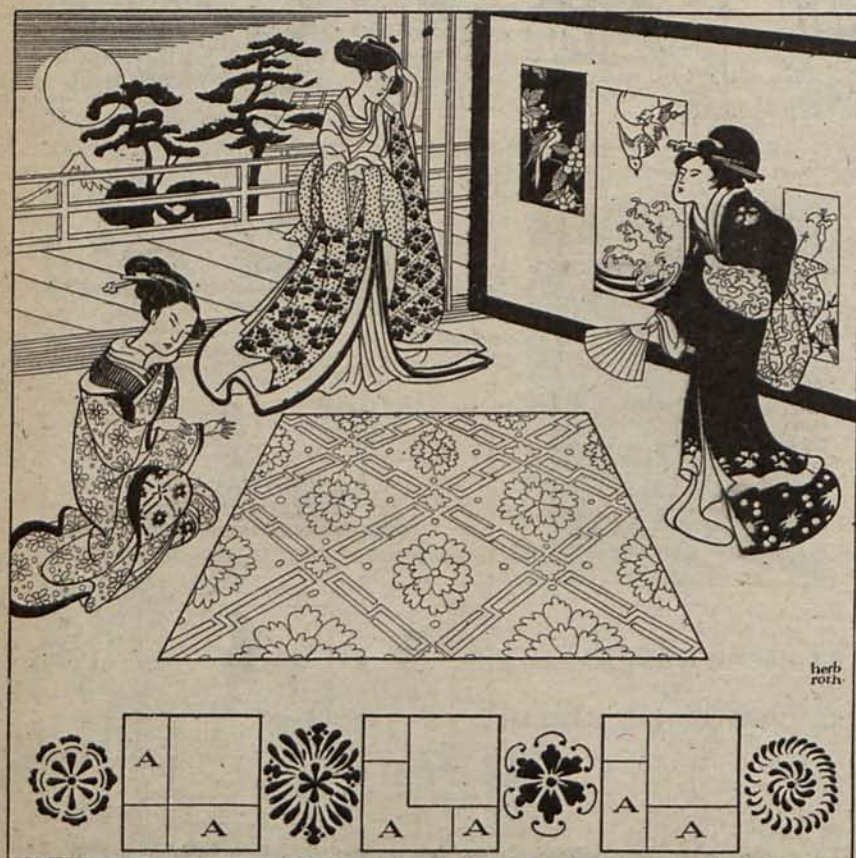
¿Cuántas veces se ha equivocado aquí nuestro eximio dibujante?

EL PATO DELINEANTE

Este patito quiere trazar tres líneas rectas de forma que cada línea atraviese tres huevos. ¿Cómo lo hará?



EL TAPIZ JAPONÉS



Tres hermanas japonesas Nin-Kong-, Amarata y Takar, que en castellano significan, Flor silvestre, Lindo Rostro y Lirio Blanco, heredaron un hermoso tapiz cuadrado. Pero tropezaron con un inconveniente para repartirlo, y es el de que no podían dividirlo en tres cuadros iguales. Las únicas divisiones que idearon fueron las que podéis ver en el adjunto grabado.

En ellas podéis ver un cuadro pequeñito, otro mayor y dos trozos marcados con la letra A que, juntos, forman un cuadrado perfecto.

Pero ninguna de las tres hermanas estaba conforme con estas divisiones hasta que Lirio Blanco encontró un procedimiento para conseguir su propósito dividiendo la alfombra en seis pedazos, que, unidos y combinados entre sí, formaban tres cuadrados perfectos. ¿Sabéis cómo es esa división?

ANITA

BUEN-CORAZON





SECCIÓN PIRULA

PIRULA MODISTA.

Para poner los vestidos a la moda y alargarlos, a la vez.

¡Qué divertido es medirse! Se arrima una de espaldas, a la pared, con los pies muy juntos; mamá hace una señal casi imperceptible con una barra rígida sobre la cabeza de la «paciente» y, luego, al apartarse se comprueba con alegría que la nueva señal le lleva a la señal anterior la distancia considerable de casi, casi un centímetro entero.

¡Oh! si, con mucha alegría, mamá también se pone muy contenta. Esas señales en la pared son para ella algo sagrado; las contempla con enternecimiento; si pudiera, arrancaría ese trozo de la pared y se lo guardaría en su pequeño museo maternal con el mechoncito, el primer diente caído, la primera plana de palotes, y la primera labor.

Y sin embargo, en medio de tanta satisfacción, aparece una nubecilla; y es cuando al probarse un vestido del año anterior se comprueba que, por una fatalidad desesperante la tela no se ha alargado a medida que crecía el cuerpo.

¿Qué hacer? Para el sentido práctico de mamá, aprovechar el vestido, mientras está en buen uso, es un deber. No hay pues más remedio que alargarlo.

El problema está en la manera; «sacar» todo lo que tenga dentro el dobladillo y poner un dobladillo postizo, es de una sencillez aplastante; pero al llevar a cabo esta vulgarísima operación, suele surgir una sorpresa desagradable; y es que la tela que se saca, nuevecita, flamante, hace parecer todo el vestido viejo y descolorido.

¿Añadir una franja abajo?, es el segundo recurso que acude a la imaginación; pero no es mucho más gracioso, que digamos, que el primero.

Por fortuna, la moda de este año, precisamente, nos da la solución; en efecto, ha adoptado los adornos y las incrustaciones en diagonal; nada más natural, por lo tanto, que alargar el vestido con adornos diagonales que, al mismo tiempo, lo remozarán poniéndolo a la última moda.

En esta plana os ofrezco cuatro modelos diferentes de lo que puede ser este nuevo arreglo.

A un vestido de lanilla a cuadros (y lo mismo da que se trate de otros dibujos) le añadiremos una franja de tela lisa. En este caso, y puesto que el dibujo es de cuadros, éstos pueden formar en la pegadura, una escalera.

El color de la franja añadida puede ser el mismo que el del fondo de la tela del vestido; mas, si no se encontrara igual, lo mismo da que sea de un matiz más claro o más oscuro siempre que se quede en la gama de color; y en último caso, también puede ser del color de los cuadros.

Lo que sí conviene es guardar siempre un poco de la tela del añadido

para adornar el vestido, bien en las mangas, bien en el descote, o en el bajo, o en los bolsillos. Esto quita toda la sensación de «alargamiento» y añade no poco a la de mero adorno.

El segundo vestido es de tela lisa, de franela azul; ¿por qué caer en la simplicidad de añadirle una franja de tela con dibujos? Más original, resultará una doble franja en dos colores, por ejemplo amarillo y rosa, que se reproduce en las bocamangas y en los bolsillos. Esta doble franja puede pegarse con un festón, aprovechando la oportunidad de que los festones gozan ahora de mucha boga.

El tercer vestido es de terciopelo negro, éste ha quedado más que corto, cortísimo; por cuanto el arreglo será algo más complicado, como puede verse. Ya no se trata simplemente de una franja incrustada, sino de toda una combinación de dos tejidos. El nuevo puede ser terciopelo o paño con lunares; pero si no lo encontramos a nuestro gusto, podemos comprarlo liso y pegarle luego unos lunares de terciopelo oscuro, de diferentes tamaños.

Para terminar, he aquí dos vestidillos veraniegos. Uno es de vuela florida; nada le quitaremos de su graciosa ingravidez, si le colocamos, transversalmente, tres cintas que terminan con otros tantos lacitos. Con cinta igual, colocaremos sobre los hombros otros lacitos que figurarán que cierran el traje, o que pueden cerrarlo realmente.

El último vestido es de crespón rosa y las mangas cortas y el bajo terminan con anchas ondas bordadas a punto de festón en seda marrón, que es uno de los muchos colores oscuros que mejor armonizan con el rosa.

Este vestido es de mucho vestir; lo será más todavía cuando le añadamos dos entredoses de encaje ocre, para «adornarle».

Ya tenemos nuestros cuatro modelitos alargados; son tan diferentes sus combinaciones que para cualquier vestido que tengáis podéis aprovechar, sin reformarla gran cosa, alguna de estas cuatro combinaciones.

UN CONSEJO DE PIRULA... COCINERA

Receta de Abril: Coliflor con queso.—La coliflor, que es la más bonita de las coles y la más sabrosa de las flores, tiene la ventaja de que puede guisarse de muchísimas maneras diferentes, y de todas ellas, está buena, pero tiene el inconveniente de que al hervirla despidе cierto tufillo desagradable, por no decir insoportable al delicado olfato de mis Pirulindas.

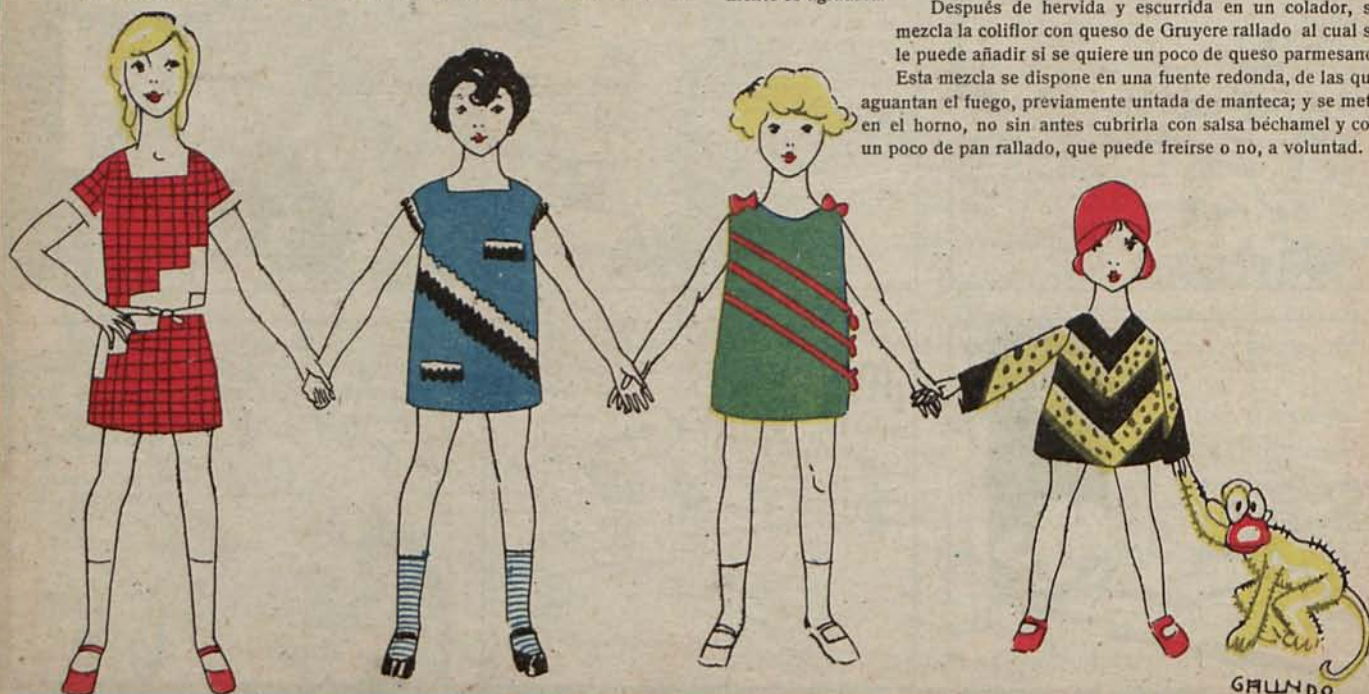
Para eso está aquí Pirula, para subsanar esta y tantas otras molestias; os voy a indicar un medio muy sencillo que a vuestra vez indicaréis a vuestra mamá o a la cocinera, para que la coliflor o cualquier otra col que sea, hierva sin que nadie se entere de ello.

Ese medio consiste en echar el zumo de un limón en el agua.

Ahora que ya está la coliflor hervida con toda felicidad, tras de separarla de sus hojas (que también pueden constituir un delicioso plato de verdura) vamos a aderezarla de una manera que quizá no conocéis, pero que seguramente os agradará.

Después de hervida y escurrida en un colador, se mezcla la coliflor con queso de Gruyere rallado al cual se le puede añadir si se quiere un poco de queso parmesano.

Esta mezcla se dispone en una fuente redonda, de las que aguantan el fuego, previamente untada de manteca; y se mete en el horno, no sin antes cubrirla con salsa béchamel y con un poco de pan rallado, que puede freírse o no, a voluntad.



GAUNDO